J.R.Navarro, editor. Litog. de Decaen.

Carlota.

CARLOTA.

Los últimos rayos de un sol de verano se reflejaban sobre la tierra: las nubes de oro sobre que reposaba su cabeza, extendiendo su esmaltada cabellera este moribundo coloso, iban perdiendo por instantes su encendido color. Brillaba con toda su lucidez el lucero vespertino. Adelantábanse majestuosamente por el Setentrion espesas nubes, que invadiendo el horizonte, contrastaban deliciosamente con las que en el ocaso formaban el lecho mortuorio del astro luminoso.

El dia tocaba melancólicamente á su fin.

Sin embargo, no siempre el silencio ni la solemnidad que acompañan á tan dulces momentos, sepultan al hombre en confusas ideas, que sabe muchas veces despreciar la decoracion sombría que la callada tarde le ofrece para entregarse, en lugar de una religiosa meditacion, á los accesos de un júbilo demente.

Sobre todo la mujer, inconsecuente aun con su misma naturaleza, se entrega en los brazos del placer mas delicioso, convirtiendo las negras paredes del campo-santo y sus húmedas losas en los tapizados salones que pudiera preparar el buen gusto para el lucimiento de este caprichoso y adorado ser.

Un ejemplo nos presenta la jóven Carlota, á quien tomamos por heroina: preparábase á la pajiza luz del crepúsculo, que cual tea funeraria arrojaba su trémulo y confuso resplandor, para una de aquellas diversiones sus favoritas, adornándose con aquella coquetería deslumbradora que acostumbran en todas las épocas y países las mujeres de su edad y su rango.

Inútil es decir que ella pertenecia al supremo, pues las mujeres infortunadas, de miserable cuna, no saben ni mirar esos torbellinos funestos que desvanecen las cabezas mas vigorosas y trastornan con sus falsos aromas los órganos mas delicados. ¡Al fin la indigencia es un don del cielo!

Desde el momento en que la mujer penetra por ese mundo de sedas y pedrería, la vanidad es uno de los primeros vicios que corrompen su alma, y de aquí la sórdida avaricia de aparecer á los ojos de los demás como una diosa.

Las pasiones sublimes, principalmente el amor, desaparecen de su pecho, y si alguna vez tiene algun tibio reflejo, es solo emanado por los atractivos de las riquezas que hace lucir el que profana el nombre de adorador.

Carlota contaba ya diez y ocho primaveras que habian bastado para desarrollar una hermosura perfecta, capaz de atraerse el amor mas puro de la juventud galanteadora: sus grandes ojos, azules y rasgados, eran animados por la sonrisa lasciva y agraciada que contraia constantemente sus facciones: su rubio cabello, sobre el que parecian reclinarse los fulgores postreros de la pajiza luz, se recogia en la cima de su arrogante cabeza, sujeta por una primorosa guirnalda de pálidas flores, que hacian brillar el sonrosado color de sus mejillas como deseando atraérselo para sí: sus labios eran mas encendidos que la púrpura; su cuello mas esbelto que el del cisne; el contorno de sus espaldas y su prominente pecho era la expresion de la mas sublime lascivia; sus torneados brazos, dejando traslucir su mayor parte al través de las ligeras blondas que negligentemente se deslizaban sobre sus espaldas cayendo sobre ellos, desafiaban á los mustios labios del poeta para grabarse allí dejando el fuego de su encendido corazon. Su caprichoso traje de ligera seda y apacible color dejaba adivinar las formas del mas gallardo cuerpo que de la mano del Creador pudo salir.

En su pecho aparecian, simétricamente colocadas, tres rosas del color de las del tocado, en que se podia adivinar el mas delicado gusto, hermanado con la sencillez mas natural.

Carlota estaba vestida con la suntuosidad y gracia que hemos descrito y reclinada majestuosamente en un espeso sillon de exquisita madera y terciopelo nácar: desde el fondo de una galería sostenida por columnas blanquísimas y escaladas por la fértil enredadera, contemplaba la fuga del sol junta con la desanimacion del vergel, que á su vista iba perdiendo sus encantos, cayéndose la hoja de sus árboles y cerrándose los capullos de las mil flores que lo adornaban.

Todo era quietud, todo era silencio. Solo el alma de Carlota no encontraba aquel solaz que encuentra el corazon puro, libre de la mundanal corrupcion, en esas horas de languidez y suave tranquilidad; de manera que suspiraba con impaciencia, porque ansiaba las gratas horas que debian proporcionarle encantos é ilusiones en una noche de tertulia.

Trancurrian los momentos llenos de majestad y delicia para el alma que piensa y para la inteligencia que medita, no para la vanidad y presuncion que aguarda las horas del vergel á los rayos del sol agonizante, porque sus sentidos encuentran goces con el aroma de las flores y el dulce murmurar de las fuentes.

Después de un largo espacio de esperar y cuando ya las estrellas lucian en los intervalos azules que los celajes de-

jaban descubiertos, Carlota subió en un elegante carruaje, y tras ella un hombre, que colocándose en su lado opuesto, lanzaba miradas vehementes y devoradoras, orgulloso de ser el conductor de aquella hurí arrebatada del paraíso de Mahoma.

El coche partió con la velocidad del relámpago, tirado por corceles mas blancos que la nieve.

Iban, como se debe suponer, á la tertulia; á flotar en aquella atmósfera llena de perfumes y de música. Carlota iba á desdeñar amantes investida del orgullo que produce el ser envidiada de las mil beldades de una vasta concurrencia y adorada de toda aquella juventud que la rodeaba; su adorador á ostentar la belleza de aquella joya.

Mientras que aquella hermosa criatura no habia conocido sus encantos, mientras habia tenido un corazon susceptible de conmoverse por las nobles pasiones, Carlota habia amado con el amor de un ángel: el objeto de su ternura era un jóven gallardo, entusiasta adorador de su belleza y cantor elocuente de sus gracias.

Mas de tres años habian cultivado un amor puro que bien pronto se convirtió en frialdad, tal vez porque Carlota se comprendia muy grande para descender á la pequeñez de un bardo.

Por otra parte, el bardo habia quedado huérfane y pobre; y lanzado repentinamente al mundo, amenazado de una indigencia terrífica, creyó encontrar un recurso contra ella por medio de la carrera militar; carrera que no solo le facilitaba los medios de pasar una vida sin miseria, sino los medios de buscar un lauro para su frente que no alcanzaria jamás, segun le declararan los pesados desengaños que habia tenido de la sociedad, con la infausta poesía.

Grande fué el placer que conmovió á Carlota la despedida del enamorado vate y del soldado fogoso, pues ya comprendia lo que ella era y queria hombres que derrama-

ran á sus piés sus riquezas y que pagaran su hermosura con los insípidos goces que los tesoros saben prodigar: el amante, bien al contrario, marchó con el corazon lacerado y los ojos bajos, clavándose las uñas en el pecho y pidiendo resignacion á los cielos. Sus últimas palabras fueron el objeto del sarcasmo y de la risa de la orgullosa jóven.

—Yo volveré, decia; pero volveré con el laurel del triunfo, radiando sobre mi frente: volveré á ser grande, porque vendrá conmigo la imponente guirnalda de inmortalidad: estas insignias que heredo de mi buen padre, yo sabré esclarecerlas mas y mas, ellas me harán tan grande como lo hicieron á él. Y si por ventura muero tan desgraciado como él, te quedará el renombre de un valiente que repetir á la posteridad!

¡Como deseó entonces la orgullosa jóven tan funesto desenlace! y pasado algun tiempo, ¡cómo se habituó en soñar á su entusiasta adorador bañado en sangre y cubierto de heridas! Despierta, ni por un momento osó pensar en que volveria á tocar á aquel cuerpo que tantas veces habia estrechado comunicándole su calor amante y exaltándole en aquella pasion que debia ser su ruina.

Desde entonces habia puesto su corazon en venta; ansiaba, como la mayor parte de las mujeres ambiciosas, hallar el matrimonio helado como un contrato social; era ya, en fin, una mujer mercenaria ávida de trocarse por un patrimonio pingüe, que unido con lo que poseia, la hicieran respetable y envidiada de cuantas oyeran su nombre.

No faltaron postores para su corazon y tuvo amantes entre los mas poderosos jóvenes de la época, de lo que resultaba, que henchido su corazon de vanidad y locura, desdeñaba hoy al que le daba una esperanza ayer.

Se habia fijado últimamente en el hombre que le hemos visto acompañarla, con el que habia tenido el frio sarcasmo de referirle sus estrambóticos amores primitivos, como ella

decia mas á pesar de la audacia que acompañaba á aquel; amante y de la corrupcion que habia en su alma, pues solo queria á Carlota como el materialismo del siglo lo exigia, esto es, por su hermosura positiva, por su celebridad positiva, por su dote positivo y por aquella vanidad positiva, innata al hombre, de sobreponerse á los demás hombres y de poseer lo que á los demás hombres no les es posible: á pesar de todo, tenia el pudor natural al hombre, y al escuchar aquellas vivas escenas que le pintaban los sonrosados labios de Carlota, envidiaba aquel amor sublime, bien distinto del suyo; y cuando en medio de su éxtasis envidioso lo sorprendia la carcajada irónica de Carlota, se quedaba sobrecogido de espanto, y si reia tambien, era porque aquellos arrogantes labios le ordenaban que la imitase.

Estos amores, lo mismo que los de todas las cortes, iban envueltos en el mas insípido prosaismo; son los tiros y la mala fe de dos especuladores que se ponen mutuamente asechanzas para poseer ó deshacerse de una mercancía mediante un precio. Hartos estamos de ver las ruines pasiones que se ponen en juego para conseguir un triunfo semejante.

En cuanto á la tertulia, habia existido en ella la animacion que era natural á una concurrencia por la intrigante Carlota y en que ella aparecia como reina. Eran de notar, sobre todo, los momentos dulcísimos en que la jóven dejaba escuchar la armonía de su melífluo acento esparcido como un delicioso ámbar en aquellos salones llenos de luz y de colores, de vida y de placeres, ó cuando sus manos blanquísimas, confundidas con la blancura del teclado, ejecutaban una fantasía de los autores mas en boga.

No habia jóven que no pensara en conquistar aquel mundo de ensueños é ilusiones para sí. No habia quien no se soñara correspondido de Carlota.

Todo lo comprendia ella con aquella mágica penetracion

que existe en el alma de la mujer, y á todos contemplaba; ya con una mirada protectora y amable si lo juzgaba digno de suceder á su ulterior amante, ya con una desdeñosa sonrisa si su orgullo los contemplaba muy débiles.

Tal habia sido aquella noche, semejante á otras muchas de las que constituian la existencia de aquella arrogante beldad que se hacia superior á las que la rodeaban por el orgullo humano.

¡Cuán diferente hubiera sido la misma Carlota con la pureza de aquella alma vírgen que se habia corrompido con los falsos halagos de la sociedad! ¡Qué feliz se hubiera deslizado su existencia unida á aquel hombre que la comprendia, á aquel poeta que la habia constituido en su genio inspirador!

Pero en la condicion humana la materia quiere materia, porque le llena mas que el mundo espiritual revelado por los vates y al que ellos sueñan trasladar á los humanos entes, olvidando tal vez su pequeñez y su orgullo.

Pero debemos llegar al dia determinado por la suerte para el arribo del poeta á su patria y cerca del espíritu que lo animaba, de la luz que iluminaba sus ojos, del aire que trasmitia la única voz que durante su vida debia resonar en sus oidos; del único cuerpo que debia rodear eternamente con sus brazos!

El poeta vivia, ó mejor dicho, vegetaba cual esas plantas desprovistas de atmósfera que nacen en los subterráneos animadas por el aliento mortífero que allí se oculta.

Sus labios estaban lívidos, porque no se habian acercado hacia algunos años á los pétalos de aquel clavel que no marchitaba ningun elemento de la naturaleza, y al que todos juntos concurrian para hermosear y mantener en aquella deliciosa fragancia que envidiara la mas constante de las flores.

La hermosura varonil del poeta habia decaido, porque

estaba ausente del genio que la animaba: el ángel exterminador de la guerra habia abatido aquel rostro llenándolo de sangre y de polvo. Mas habia hecho; habia cubierto su cuerpo de cicatrices, habia estenuado sus miembros, habia maltratado sus facciones, habia dado un aspecto imponente á su fisonomía; de manera que quien lo hubiera visto presentarse á su amada, lo hubiera juzgado el espectro vengador levantado del sepulcro. Miguel Angelo lo habria adoptado para representar al ángel de la venganza.

Si el bardo hubiera tenido ilusiones de encontrar á su amada cual en aquel tiempo la habia dejado, la esperanza lo hubiera mantenido; pero vaciló, y con razon, de la fe de la mujer el que habia confiado en la musa de sus ensueños; y por eso, abandonando la esperanza su corazon, quedaron yertos sus sentimientos!

Era una tarde del siguiente verano á aquel en que hemos dado á conocer á Carlota, en la que el poeta iba por fin á respirar en su regazo; iba á confundir sus miradas con las miradas del ángel, los latidos de su pecho con los latidos de la mujer divina.

El poeta se precipitó en aquella casa en que tantas veces habia vaticinado su ventura como se precipita el desesperado al cráter de un volcán; y sin preguntar siquiera por ella, se lanzó al vergel en que otra vez, un año antes, hemos mirado á la mujer inconstante esperar á un nuevo adorador: su corazon le decia que allí la habia de encontrar.

¿Quién lo llevaba allí? su instinto, ¡el instinto de su perdicion! Sin embargo, caminaba con pasos insolentes y la frente erguida, como en las grandes escenas están los héroes.

No tardó mucho en encontrar aquel nuevo Telémaco, ó mejor todavía aquel hijo de Caliope, la prenda que buscaba.

Menos tiranos los dioses que con Orfeo, concedíanle volver á ver á su Eurídice; ¡pero de qué modo!..... Mas le

valia haber dejado de existir que no clavarse el pecho con el mas duro de los dardos.

La halló, la halló al momento. Dormia bajo la espesa sombra de un copado fresno, con el cabello tendido al aire libre; ¡pero no estaba sola! Dormia sobre el seno de un nuevo amante.

Y era este aquel que la habia conducido á la tertulia.

Dormia impasiblemente sin desgarrar su pecho el cruel torcedor del crímen, porque la mujer pérfida ya está exenta de la voz de la naturaleza.

Su ligero vestido era agitado por un céfiro glacial que acarició tambien las mejillas ardorosas del exaltado vate, que por un momento creyó ser un sueño aquel cuadro aterrador; y en tan horrible incertidumbre, del espíritu que se resiste y de la pesada materia que afecta los sentidos, el poeta sentia que el corazon iba á salírsele de dolor.

Quiso extender sus brazos hácia ella, pero un instinto pavoroso le reveló que aquel acto era un torpe sacrilegio; por tanto se contuvo.

—¡Oh! dijo, los dos duermen y el amante puro vela; mas ¡ah! yo tambien dormiré algun dia como ha muerto mi jóven corazon. Deberé resignarme; pero entre tanto que errante busco la perdida quietud de mis antiguos años y que solo reparará la muerte, ¡es fuerza despedirse de la ingrata!

—¡Carlota! gritó con una exclamacion sepulcral que le arrancaba sus postreras fuerzas.

Jamás habia tenido aquel nombre un eco mas prolongado en aquellos sitios, y sin embargo, millares de ocasiones se habia repetido durante el discurso de algunos años.

Los amantes abrieron los ojos á esta interpelacion que la justicia divina hacia en los labios del agraviado jóven; mas al mirar su efigie quedaron yertos de asombro.

—¡Estoy casada! fué toda la respuesta de la mujer perjura: ¡huye y no vengas á atormentar en el lecho nupcial á los dos esposos mas felices!

El poeta no iba á atormentarla, y así lo repitió: iba á decir adios á la mujer que amaba para resignarse á morir in los consuelos siquiera del ángel que lo habia engañado. ¡Suplicio cruel que impone el destino al que tuvo el crímen de poner su afecto en el voluble corazon de la mujer! ¡Justa expiacion del idólatra que respeta su sueño, porque cree que existe amor en su corazon y corazon en ella!

Fueron tan tiernas y patéticas las palabras que empleó el amante en su despedida, que el esposo tembló al escuchar sus acentos y maldijo la parte que habia tenido en sus dolores.

—Vive feliz!

Estas palabras con el mas vivo afecto fueron repetidas por el poeta; pero ellas encerraban el sarcasmo mas frio que el moribundo podia arrojarle: ¿era posible que la mujer fuera feliz vertiendo sangre, y que la esposa pudiera reclinarse tranquila en un tálamo de luto y sangre hirviente?

No le quedaba mas que la desesperacion mas amarga.

Como era natural, el desprecio sucedió al poco afecto que habia en el alma del marido para aquella mujer ambiciosa y venal.

Hubiérase dicho al ver la indignada expresion de la mirada que le dirigia, que algun maleficio lo habia trastornado: ¡y la magia se encontraba en las palabras del poeta!

El amante habia desaparecido. Carlota buscó la compasion en el esposo y halló una repulsion desesperada; la buscó en su conciencia estoica y halló la execracion.

Nada podia esperar. El poeta huia agonizante. El marido le volvia las espaldas y daba señales de padecer aun con su vista, porque el secreto iman de aquellos corazones repelia al suyo, que si bien lo toleró durante algunos momentos, fué cuando aquel misterioso foco estaba distante; fué cuando la atraccion magnética no tenia lugar, pues el poeta estaba lejos; fué, en fin, en los instantes en que la avaricia de la mujer procuraba borrar la impresion indeleble que habia fijado en su corazon un secreto destino.

El esposo, pues, habia huido aterrorizado por un camino opuesto al que habia tomado el amante, resuelto á separarse de aquella mujer sin alma, por ley ó por fuerza.

Cubria sus oidos para no escuchar las vivas voces de Carlota que lo llamaban pidiéndole compasion.

Dios solo es dueño de penetrar en las conciencias; pero nosotros creemos, por mas que sea una audacia nuestro juicio que aun en aquellos críticos momentos lo que sentia la mujer era el menosprecio en que caia á los ojos de la sociedad con la determinacion de su esposo; aun en aquellos instantes se agitaba la sed de la avaricia en su alma y esperaba volver á figurar. Las ideas de ia abyeccion y el olvido, expiacion de la mujer presuntuosa y vana eran ideas insoportables para su mente, y mordia como la víbora la árida tierra que pisaba.

Tan impensado golpe en una mujer como ella, hiriéndola en lo mas profundo de su alma y echando por tierra su orgullo, era la mas fatídica de las visiones, que apareciendo fija y dominante en su agitada fantasía, destrozaban su pecho.

Era su estado ya la mas cruel de las monomanías.

Tuvo accesos terribles de angustia, en que se desgarraba con las uñas la fina piel de su precioso cuerpo y en que golpeaba su cabeza contra las piedras.

En otros instantes, caia en la mas estúpida idiotez.

Hubo momentos en que deseó arrojar la maza que en su cerebro se agolpaba; pero las lágrimas le negaron su recurso y solo pudo arrojar suspiros ahogados que embarazaban mas su respiracion.

Desde aquellos momentos pudo conocerse en la vaguedad de su mirada y la incoherencia de sus voces, la carencia de su razon.

Carlota estaba loca.

No podia resignarse á la mortífera conviccion de pasar una vida oscura y olvidada sin poder contraer nuevos lazos que le dieran esplendor y que halagaran su orgullo; no podia morir para la sociedad. Si al menos hubiera muerto su esposo, hubierae ncontrado consuelo, pues hubiera preferido á cualquiera otro de sus adoradores.

Pero el papel ante el mundo de una mujer repudiada, era materialmente imposible que ella se resignara á representar!

¡Cómo se burlaria de esta humillacion la antigua turba de sus pretendientes, cómo la afrentarian las insolentes risadas de las contemporáneas beldades que habian encontrado un porvenir como el que ella pensaba tener!

En sus delirios continuos la noche la sorprendia preparándose para una diversion, entonando alguna estrofa de las hermosas canciones que le valian los aplausos del mundo ó algunas de aquellas escenas en que pagaba con el desden mas amargo y la mas indolente indiferencia, el juramento de amor de algun pretendiente.

Soñaba con su vida pasada, con su existencia llena de agradables agitaciones en medio de los saraos y de los festines.

Habia muerto aquella orgullosa azucena que habia pensado ser la imperecedera reina del vergel.

Pasados algunos dias, una tarde en que apoyada en una ventana se entretenia en deshojar las flores de un ramillete que habia formado en su jardin, arrojando hácia la calle sus pétalos, que el céfiro alejaba ó aproximaba dilatándolos á su capricho por un espacio indefinido, llamó su atencion un modesto ataud que con un reducido cortejo fúnebre de militares atravesaba lentamente su silencioso tránsito hasta el panteon.

Carlota se fijó en la faz del difunto, que iba descubierto,

y dió un alarido espantoso. Acababa de tener un recuerdo confuso y lánguido, porque aquel cuerpo era el del poeta, víctima del amor de Carlota.

Precisamente concluia en este instante de deshojar la última flor.

¿Quien la dijera que ella que pudo regar el oscuro camino del bardo durante su vida de purpurinas y esmaltadas flores, debia de engalanar la triste senda que lo conducia al cementerio?

Si Carlota no hubiera estado loca, este nuevo dolor la habria matado. Por la primera vez sintió compasion al aspecto lúgubre de un cádaver, por la primera vez se conmovió, ella, que solo respetaba á la sociedad, en quien creyó encontrar una tierna madre.

¡Qué cierto es que algunos males se agradecen á Dios porque con ellos se liberta de otros mayores!

La locura era un mal menor comparado con la muerte. En la locura hay esperanza y hay expiacion; en la muerte no hay lo primero, y si existe lo segundo, ¡qué tremenda debe ser! vale mas resignarse á sufrirla en la tierra.

No por esto era suave el dolor que oprimia á Carlota.

Los que han mirado á los muertos y visitado los panteones. podrán conocer lo que el pecho siente en su terrible aspecto: sobre todo, los que han sentido la muerte de algun ser querido, darán á conocer las impresiones agudas que agobian nuestro corazon. Mucho mas cuando á esta muerte acompañan terribles remordimientos: nada importa que un oscuro vértigo nos oculte la magnitud de un golpe semejante. El sentimiento, que sabe anular distancias y penetrar en los abismos, lanza su grito poderoso desde lo mas íntimo del alma para revelar que se ha efectuado en ella una catástrofe tremenda.

Carlota cubrió su cabeza con un oscuro velo y siguió en su marcha postrera el cadáver del poeta como atraida por el último rayo magnético que aun quedara en sus ojos.